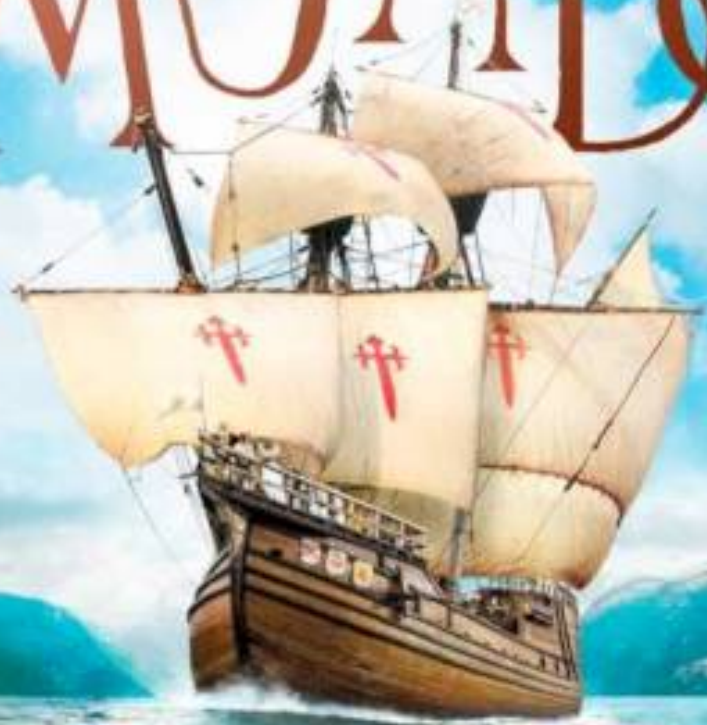


·IGNASI·SERRAHIMA·

EL MAPA DEL FIN DEL MUNDO



Embárcate en una de las mayores aventuras de la Historia de la humanidad: la primera vuelta al mundo de Juan Sebastián Elcano.

En julio de 1526, Elcano se encuentra al borde la muerte. Está en medio del Pacífico, e intenta llegar a la Especiería por segunda vez. Al ver cerca el fin, decide redactar su testamento y dictar sus memorias.

En ellas habla de su infancia ligada a la mar, sus amores y sus hijos, su hermosa nao que puso a las órdenes del Gran Capitán en Italia y de su traición a la Corona. Y de cómo en Sevilla conoció a Fernando de Magallanes y embarcó a sus órdenes rumbo a las Molucas para probar que pertenecen a España, dando comienzo a la epopeya que cambiaría la visión del mundo para siempre.

Sangrientos motines, despiadadas tormentas, vientos helados, naufragios, emboscadas indígenas y el sabotaje de los espías de la corona portuguesa, que quería a toda costa mantener su monopolio del comercio de las especias, no impidieron que dieciocho supervivientes a las órdenes de Elcano regresasen tres años después cargados de un tesoro fabuloso.

Esta novela, llena de aventura, acción y rigor, conmemora su hazaña en el V centenario de la primera vuelta al mundo.

Índice de contenido

Cubierta

El mapa del fin del mundo

Nota del autor

PRIMERA PARTE LA FRAGUA DE UN NAVEGANTE

SEGUNDA PARTE EL FIN DEL MUNDO

TERCERA PARTE EL OCASO DEL CAPITÁN

Epílogo

Notas históricas

Agradecimientos

Bibliografía

Sobre el autor

A Paula, sin duda

Nota del autor

Mi abuelo materno, el auténtico Francisco Arbestain, que se sentía vasco en Cataluña, catalán en Euskadi y español en todas partes, hombre honrado, padre de familia y forofo del Espanyol, fue el primero que me habló del viaje alrededor del mundo de Juan Sebastián Elcano (el tal don Francisco de Arbestain de la novela es un personaje de ficción). Afirmaba mi abuelo que éramos parientes del ilustre navegante, cosa harto dudosa, por no decir imposible, pero alimentaba esa teoría con su origen zarauzitarra, la cercanía de los caseríos de Arbestain y de Elcano y el hecho de que ya no quedan más Arbestain en el mundo; el apellido, después de incontables generaciones, se extingue con mi madre.

Su pasión por la hazaña de Elcano, cuya estatua en Guetaria me llevaba a ver cuando yo era un mocoso de poco entendimiento, despertó en mí muy pronto una fascinación casi enfermiza por la primera vuelta al mundo; hace años que adquiero todo lo publicado que cae en mis manos sobre la expedición. Como no soy historiador, sino contador de historias, decidí novelar la vida del que ha sido mi único ídolo de la infancia (con permiso de Cruyff). He tratado de ser fiel a los datos históricos que de él se conocen, con alguna pequeña licencia narrativa, y he rellenado los numerosos huecos de su biografía con imaginación para forjar un retrato del navegante, tal y como yo imagino que debió de ser.

La cultura anglosajona, que sigue siendo dominante en el mundo actual, ha tratado con injusticia a Elcano (con algunas muy honrosas excepciones; véase la bibliografía), por lo que su figura ha quedado algo oscurecida más allá de nuestras fronteras. Todavía hoy se cree en muchas partes que la vuelta al mundo la completó Magallanes y que la expedición fue portuguesa. Pues bien, Magallanes, hombre de enorme importancia histórica, por otra parte, nunca pretendió dar la vuelta al mundo y ni siquiera llegó a las Molucas; fue Elcano quien concibió la idea de regresar por el oeste y el que llevó lo que quedaba de la flota a las islas de las especias. Por ello, humildemente espero que esta novela contribuya a divulgar la enorme figura de Juan Sebastián Elcano, quizá el mayor navegante que haya dado la historia.

Itsasoa haserre dago, haizeak nahastuak.
Asmoak galdu ditu gure pilotuak.
Bizia kentzen badit neri itsasoak,
negar asko egingo du nere ama gaixoak!

J. M.

(La mar está embravecida, los vientos revueltos,
nuestro piloto no sabe ya qué hacer.
Si la mar me quita la vida,
mucho va a llorar mi pobre madre).

Siento que voy a morir hoy, 6 de agosto. Partiré en buena hora; es la fiesta patronal de mi pueblo, de Guetaria. San Salvador. No podía ser más apropiado. ¿Ves el alba? Es del color de la sangre. Ya sabes lo que se dice, «Alba roja, vela moja». Dile a Salazar que prepare a los hombres para otra tormenta, y a mí me entregáis al mar cuando vuelva la calma.

Me voy satisfecho. Imagina que cuando yo nací el mundo era pequeño y carente de misterios. ¡Y ahora! Ahora es mucho más grande de lo que jamás pudimos imaginar. Demostré que la Tierra es una esfera. Fui el primero en cruzar todos los meridianos del mundo. Todo lo demás, me importa poco. Mi patria es mi barco; mi único patrón, el mar. Con él me fundiré pronto, como debe ser.

Cuando era pequeño me subía a San Antón a contemplar el horizonte. Me fascinaba esa línea recta que yo intuía que no era el fin de nada, sino el principio de todo lo invisible. Siempre quise asomarme a él para ver qué había más allá, qué secreto se escondía tras su rectitud. Toda mi vida he ido en busca de ese horizonte, y acabé por darme cuenta de que el muy burlón nunca se alcanza, porque, cuando corres a por él, te engaña y te devuelve al sitio de donde

partiste. Pero, claro, uno aprende al final que lo importante no es el destino, sino el viaje.

Yo creo que el mundo es redondo para que nunca veas el final del camino.

Mar Pacífico, a 22 de julio del año de Nuestro Señor de 1526.

El marino se llevó dos dedos entumecidos a la boca y se arrancó sin dificultad uno de los pocos dientes que le quedaban. Tenía las encías tan inflamadas que a duras penas podía hablar de manera inteligible. Lanzó la pieza al suelo y se limpió la sangre en el costado del viejo jubón.

Por la luz que empezaba a penetrar desde el este, en esa perversa calma que hacía tres semanas que los tenía varados en medio del Pacífico, meciéndose sobre las escasas olas como un mísero pedazo de corcho, se dio cuenta de que iba a amanecer.

Era el año 1526. Hacía cuatro ya que se había convertido en el primer hombre en dar la vuelta al mundo, y había cometido la locura de embarcarse de nuevo para intentarlo por segunda vez. En esta ocasión, no lo conseguiría; estaba condenado a muerte por el maldito escorbuto.

Don García Jofre de Loaísa había fallecido la noche antes, y a él le correspondía asumir el mando. Tras entregar el cuerpo del capitán general al mar y rezar por su alma, los oficiales habían roto los sellos de lacre del sobre con las instrucciones secretas de Su Majestad el rey don Carlos. En ellas se especificaba que, en caso de defunción de Loaísa, el mando de la Armada debía recaer en él, «tan ilustre navegante en quien depositamos toda nuestra real confianza, por haber sido él quien dio más gloria a nuestra Corona en completando en nuestro nombre la circunnavegación del mundo por vez primera».

Por fin había alcanzado su sueño de comandar una expedición con sello real. Y los elogios del rey pronunciados en alto por el maestre Alonso de Salazar le habían henchido de orgullo. Observó cómo le miraban de soslayo los ofi-

ciales, los pocos que quedaban ya a bordo, con admiración y quizá un poco de envidia. Pero la ironía quiso que se hiciera con el mando cuando no existía ya Armada alguna; de ella sólo quedaba ese viejo cascarón que, aunque era la nao de mayor calado en la que él había navegado jamás con sus impresionantes trescientas sesenta toneladas, hacía aguas por doquier. Lo que subsistía de su tripulación estaba formada por un puñado de marinos enfermos, hambrientos y de baja moral.

Iba a ser un mandato breve, de eso no había duda. El terror de los marineros, esa plaga que azotaba a sus hermanos y diezmaba tripulaciones sin distinción de rango, le había escogido a él como su próxima víctima. Tan sólo esperaba que le diese tiempo de revisar su testamento, que había redactado el día antes dictando al bueno de Ortés de Perea, contador de la expedición. Quería cumplir con sus obligaciones, no dejar cabos sueltos, y hacer las paces en la tierra antes de enfrentarse al juicio divino. Y, para ello, tenía pensado redactar también una misiva a los procuradores de la Casa de Contratación de La Coruña para que intercediesen para que sus herederos cobrasen lo que a él se le debía.

Contaba alrededor de cuarenta años. Era la segunda vez que surcaba este vasto océano tranquilo, este infierno azul donde los vientos eran tan caprichosos y poco fiables como una mujer de las que buscan marineros en los puertos.

Al verlo agitarse, el joven Juanito Vélez, su fiel criado, se levantó. Él pensó que le tocaba hacer el supremo esfuerzo de vestirse con algo más de decencia y salir al puente a aceptar el mando. Aquella mañana todos los supervivientes de la expedición le rendirían honores en la cubierta de la *Santa María de la Victoria*, la maltrecha nao capitana, aun a sabiendas de que su muerte estaba próxima, y de que deberían buscarle un sustituto en cuestión de días. Pero ni en esas circunstancias se atrevía nadie a soliviantar la cadena

de mando o las órdenes reales nombrando general a otro de los muy capaces marineros que aún quedaban. Lo harían después de su muerte.

—Señor, aún es pronto.

—Juanito, más vale que empecemos, no sea que me llegue la muerte a medio desvestir. Esperaremos en el castillo de popa; de pie, como debe ser.

Juanito Vélez le desvistió con dulzura, despojándole del sucio ropaje que hacía días que cubría su perjudicado cuerpo. Las llagas supurantes apestaban; el sirviente las lavó con agua dulce, contraviniendo la norma que había impuesto el mismo capitán previendo escasez si no llegaban pronto los vientos favorables. Luego le frotó la piel con un paño empapado de aceite de almendras, porque sabía que eso aliviaba los sudores que le provocaba la enfermedad. Al cabo, después de lavarle las axilas con agua de mar, siempre con suavidad, le ayudó a ponerse su mejor atuendo: unas calzas acuchilladas de color crudo que aún se veían de buena calidad y un jubón blanco agrisado que llevaba días perfumándose con ramitos de lavanda seca. Las botas, las únicas que sus hinchados pies permitían calzar, eran viejas, pero Juanito Vélez les había dado lustre con grasa de ballena y se veían decentes.

Cuando por fin se tuvo en pie, su sirviente le subió casi en volandas al puente de mando. Allí, parapetado contra la regala, junto al pinzote, para no caerse con el vaivén mortecino de la nao, recibiría Juan Sebastián Elcano a sus hombres y daría sus primeras órdenes como capitán general de una Armada Real.

PRIMERA PARTE

LA FRAGUA DE UN NAVEGANTE

CARTA DE DON JUAN SEBASTIÁN DE ELCANO (I), hijo de don Domingo de Elcano y doña Catalina del Puerto, vecino de Guetaria y capitán general de Su Majestad, a los ilustrísimos señores don Alfonso de Urrutia, don Francisco García Medrano y don Suso García Epelde, procuradores de la Corona de Castilla y representantes reales en la Real Comisión de Registro de Indias de la Casa de Contratación de La Coruña para que sepan lo que en verdad aconteció en la real expedición a las islas Molucas fletada en el año de Nuestro Señor de 1519 por Su Majestad el rey don Carlos, que Dios proteja, y de la que el que suscribe tuvo el honor de servir como capitán general y que logró circunnavegar la Tierra por vez primera, y para que los antedichos tengan a bien juzgar la deuda que con el que suscribe se devengó por sus servicios y que aún no ha sido satisfecha, y también, por último, para que el nombre del que suscribe alcance el lugar que los antedichos crean que merece por sus logros y sus sacrificios sufridos para mayor gloria de Su Majestad.

*En el mar Pacífico,
a día 22 de julio del año de Nuestro Señor de 1526*

MI NOMBRE ES JUAN SEBASTIÁN ELCANO. Habrán oído hablar de mí, pues yo fui aquel que dio la primera vuelta al mundo, allá por el año de Nuestro Señor de 1522. Y lo hice porque soy hábil marino, y a mayor gloria de la Corona, a la que sirvo con placer, por supuesto.

Me van a permitir vuestras mercedes que ponga algún reparo, en mi humilde condición de súbdito, a Su Majestad el rey don Carlos, que Dios guarde muchos años. Pues verán que, aunque mi fama corrió como un reguero de pólvora por España y por el mundo, no se cumplió conmigo lo prometido. De palmaditas en la espalda y lisonjeros para-

bienes no se llena uno la panza; a mí se me debe mucho dinero, y para que conste ante vuestras mercedes, quiero contarles mi historia.

He pedido al bueno de don Andrés de Urdaneta, mi fiel paje y amigo, que me acompaña en esta que ha de ser mi última singladura, que recoja por escrito mi crónica veraz, pues no quiero yacer en el fondo del océano sin haber contado lo que mi vida ha dado de sí. Él es hombre de letras, educado, culto y temeroso de Dios. No me cabe duda de que hará un buen trabajo y hará llegar a vuestras mercedes este manuscrito. Dejo mi memoria en buenas manos.

NACÍ EN GUETARIA, LA BELLA, FIEL E INVICTA GUETARIA, resguardo de pescadores y navegantes, sobre la cola del ratón de San Antón, que antaño fue isla, pero que mis ancestros unieron a la costa para construir el mejor y más abrigado puerto del Cantábrico. Allí me crié, con mi padre, comerciante naval de la noble estirpe de los Elcano, emparentados con las casas de Aya, Urteta, Idiáquez y Arbestain; mi madre, doña Catalina del Puerto, de familia con fuerte rai-gambre en la región, y mis siete hermanos.

Mi vida lleva sabor de sal, olor a madera vieja y caricias de las más traicioneras brisas. Aprendí a navegar muy pronto, primero en menudos esquifes de pesca, después en apuestas carabelas y naos; pues fue el mar mi cuna, como será pronto mi tumba. Así ha de ser.

Mi casa, la de los Elcano, es noble, de rancio abolengo, blasonada en fachada y con un balcón elegante del que mi madre colgaba geranios y hortensias. Es oscura y cálida, con dos chimeneas y una gran cocina, y debo decir que nunca faltó en nuestra mesa algo caliente para comer.

Cuando mi madre se quedaba embarazada, mandaba recado a la buena de Milagros, el ama de cría que vivía por Aguinaga, para que le hiciese el favor. Las más de las veces no hacía falta que ella se preñase, pues tenía un mamador a sueldo entre bebé y bebé para que no se le cortase la le-

che. Yo siempre la veía con su cara regordeta y amable, sonrojadas las mejillas, dando de comer a uno de mis hermanos, junto al fuego de los sirvientes, cerca de la alacena. Me gustaba sentarme en un taburete de tres patas frente a ella, admirando su paciencia, escuchando sus susurros cariñosos, aprendiendo sus canciones de pastora en vascuence, esquivando los bufidos de mi señor padre, que me reprochaba que ocupase mi asueto en asuntos de mujeres. Él andaba un poco preocupado por mi hermano Domingo, el mayor, que era débil y tenía tendencia a enfermar, y quiso hacer de mí un hombre, iniciándome en la mar, enseñándome con paciencia y firmeza. Pero fue mi madre, con su callada sapiencia, la que me inició en la vida.

¡Qué puedo decir de mi santa madre, la que todavía a día de hoy es el pilar que sostiene el honor de los Elcano!

Doña Catalina del Puerto era hija de una estirpe de rudos y nobles hombres de la mar. De muy pequeña remendaba redes con las mujeres del pueblo, escuchando sus chismorreos y ruborizándose con las historias salaces que se contaban entre las comadres cuando no había hombres.

Casó con don Domingo de Elcano porque lo quiso ella; nadie pudo nunca imponerle decisión alguna a mi señora madre. Tenía el ojo echado a mi padre desde el día en que saltó con arrojo del muelle para salvar al perro de los Idiáquez, que no sabía nadar. Alguien capaz de tal acción sería a la vez bravo y buena gente, se dijo. Y no cejó hasta que conquistó su corazón, aunque ella siempre decía, medio en chanza, que lo primero que conquistó fue su estómago, cuando se dio cuenta de que a los hombres se nos atrapa antes con buena mano en la cocina.

Mi madre llevaba la casa con mano de hierro y guante de terciopelo. No era muy dada a las risas, pero sabía ser zalamera cuando le convenía convencer a alguno de los hombres de la casa, y reconozco que siempre se salía con la suya. Mi señor padre se ausentaba a menudo en sus co-